



Desafíos actuales de la predicación dominicana¹

Fr. Felicísimo Martínez, O.P.

Me voy a centrar en los desafíos que yo creo que hay que priorizar hoy en la Orden y en la Familia Dominicana en general.

a) La experiencia de fe o la experiencia de Dios como presupuesto de toda predicación cristiana

Humberto de Romanis decía que “no es lo mismo echar sermones que predicar”. Un sermón lo puede echar cualquiera, aunque no sea creyente, porque lo tomó de otro autor, porque lo preparó a base de estudio, porque lo lee o lo recita de memoria. Por el contrario, predicar, predicar sólo puede hacerlo la persona creyente, aquella cuya vida está tocada por la fe, aquella que ha creído y por eso habla desde su experiencia de fe, desde su lectura creyente de la realidad.

Si falta esta experiencia de fe y de la humanidad no hay predicación dominicana ni predicación cristiana. Puede haber bellos discursos pero no hay predicación cristiana. Este es el desafío primero de la predicación en la Orden hoy.

Sólo añadiré a estas afirmaciones algunas observaciones.

Pertenezco a esa generación posconciliar que ha asistido o ha participado en el proceso de “secularización” de nuestro estilo de vida (vestido, horarios, vida comunitaria, trabajos, vacaciones...). No es momento de hacer análisis mayores. Pero sí hemos de hacer evaluación crítica del camino recorrido. No se pueden desconocer todas las hermosas conquistas de la vida religiosa en ese período (conciencia de la dignidad de la persona, autonomía y responsabilidad, hábitos más democráticos, obediencia dialogada, derechos humanos, diálogo y proximidad al mundo...). Pero hay un par de aspectos relacionados con el asunto de la experiencia de Dios y la predicación que merecen especial evaluación crítica.

El primero es el asunto de la secularización. El nuestro ha sido, efectivamente, un período de secularización, con luces y sombras. Se ha afirmado la autonomía de las realidades terrenas y se han desacralizado convenientemente muchos aspectos de la vida. Pero también ha tenido lugar una especie de debilitamiento de la mirada creyente y de la experiencia de fe. La secularización es compatible con todo menos con el abandono de la oración, de la contemplación, de la celebración de la fe, de la lectura creyente de las realidades más seculares. Si la secularización de nuestra vida debilita esta lectura creyente de la vida y de la historia, esta experiencia de Dios, quedamos incapacitados para una predicación genuina

El segundo es el asunto de la contaminación ideológica. Es indudable que la nuestra ha sido una generación generosa en el trabajo y la militancia, en el compromiso por causas muy nobles. Pero también es cierto que en ese fragor de la lucha se nos han pegado a la piel muchas contaminaciones ideológicas, unas de derechas y otras de izquierdas, unas integristas y otras liberadoras, pero todas, al fin y al cabo, contaminaciones ideológicas. Estas contaminaciones han debilitado con frecuencia la fuerza y vigor de las motivaciones evangélicas en esas militancias y han vaciado a veces de contenido evangélico nuestra propia predicación.

Un problema fundamental de la vida dominicana hoy es si hay suficiente experiencia de fe para sustentar y fecundar nuestra predicación. No es un problema moral para culpabilizarnos. Es un problema teológico, porque se trata de buscar en la fe el sentido de nuestra vida y la motivación de nuestra misión evangelizadora, y también el contenido último de nuestra predicación.

b) Reconstruir el tejido comunitario y recuperar la dimensión comunitaria de la predicación dominicana.

Entramos en este período posconciliar de la mano del legítimo ideal de la modernidad y luego de la posmodernidad: la autonomía de la persona y el valor sagrado de la libertad. Es un ideal absolutamente

legítimo y compatible con el Evangelio de Jesús. Pero cuando nos dimos cuenta, la autonomía y la libertad de las personas se habían deslizado hacia el individualismo. Es un rasgo cultural que se nos ha pegado al vivir envueltos en la modernidad y la posmodernidad.

El resultado de ese deslizamiento hacia el individualismo ha sido doble. En primer lugar, ha arrojado a muchos hermanos y hermanas hacia la soledad, el aislamiento, el trabajo por libre, y hasta la acedia monástica (una especie de tristeza enquistada en el alma). Porque el camino del individualismo suele ser dulce al comienzo y amargo al final. En segundo lugar, ha debilitado el tejido comunitario de la vida dominicana. Con ello ha quedado también debilitada nuestra capacidad para sostener el carácter comunitario de la predicación dominicana.

No sé cómo tienen que ser las comunidades dominicanas, si pequeñas o grandes; no sé cómo van a ser en el futuro, si más monásticas o más insertas. Sólo sé que un desafío fundamental para la Familia Dominicana hoy es la reconstrucción de nuestras comunidades.

En primer lugar, cada comunidad dominicana sería un faro de luz para estas sociedades en las que están avanzando a grandes pasos el individualismo y la soledad. Si las comunidades fueran un lugar de acogida para las personas que se sienten solas y buscan un poco de comunicación y calor humano, habríamos conseguido ya ejercitar lo que J. B. Metz llamó la dimensión política del voto de castidad: opción por quienes se sienten solos por exclusión.

En segundo lugar, es necesario reconstruir la comunidad dominicana para revitalizar la predicación dominicana. La relación entre la primera comunidad de “La Española” y la predicación de aquellos dominicos es una auténtica parábola y un desafío para nosotros hoy. Están en juego varios aspectos de nuestra predicación:

Primero, la permanencia y consistencia de nuestros proyectos apostólicos. Si todo se reduce a proyectos individuales, los proyectos apostólicos durarán hasta que el individuo muera, se cansa o sea asignado por el Provincial a otro lugar.

Segundo, la preparación comunitaria de la predicación. La remota mediante el cultivo del estudio, los diálogos comunitarios, la formación permanente sobre temas y problemas de interés para el ministerio de la predicación. La formación próxima mediante una preparación comunitaria de las homilias, las catequesis, las prácticas evangelizadoras. Es una excelente oportunidad para compartir la Palabra de Dios y las propias experiencias de fe y de vida.

Tercero, el apoyo a los hermanos y hermanas en el ministerio de la predicación. Hay momentos de desánimo y desaliento, de desorientación y quizá de pérdida del juicio, de tentación de abandono. En esos momentos es decisivo el apoyo comunitario y la ayuda de la comunidad en el discernimiento.

Y cuarto, es fundamental el testimonio evangélico de la comunidad para acreditar la predicación de todos y cada uno de los hermanos o hermanas. Pero esto merece capítulo aparte.

Por todo esto y mucho más, pero sobre todo por exigencias de la predicación dominicana, es desafío urgente hoy reconstruir el tejido comunitario.

c) El testimonio evangélico de la comunidad (y de sus miembros) para acreditar la predicación

Esta fue quizá la clave de Domingo para conseguir éxito y eficacia en la predicación: acreditarla con una vida evangélica, con la *vita vere apostolica*, tan necesitada y buscada en el siglo XIII.

Por lo general los dominicos somos demócratas, liberales, autónomos, autárquicos, individualistas... y no sé cuántas cosas más. Esto nos hace muy libres pero escasamente eficaces, y hace que en nuestras comunidades cada vez más el fuerte es el individuo y la débil es la comunidad.

Pero hay un aspecto de este asunto que toca directamente a la credibilidad de nuestra predicación. Cualquiera es libre para hacer lo que le plazca en cada tiempo y lugar, pero nadie tiene derecho a desacreditar la predicación de la comunidad y de sus miembros. Así que, aunque no fuera más que por esta razón, nadie tiene derecho a una conducta antievangélica.

Aquí el problema deja de ser un problema de moral personal, para convertirse en un problema comunitario, un problema que toca directamente al Evangelio. Por eso en las cartas de Pablo y en las cartas pastorales aparece con frecuencia esta advertencia: “para no desacreditar nuestro ministerio”. Por eso, la comunidad de Pedro de Córdoba ponía tanto esmero en acreditar su predicación con una vida evangélica. Es

cierto que con frecuencia lo que hay por medio en muchos casos es una ceguera, nuestra ceguera. Por eso nos es tan urgente la corrección fraterna, el discernimiento comunitario de nuestra conducta y de nuestros planes personales.

Pero lo más definitivo es el testimonio de toda la comunidad. Y aquí son de nuevo varios los asuntos en juego.

Está, en primer lugar, la calidad evangélica de la convivencia entre los hermanos y hermanas. La caridad es la virtud reina, aunque, poniéndole un poco de realismo, hay que decir que una versión fundamental de la caridad es el perdón permanente y la reconciliación constante. Si hemos fallado en la fraternidad, nuestra predicación puede resultar estéril de raíz.

Está, en segundo lugar, el problema de la pobreza. Tiene éste dos dimensiones fundamentales. La primera se refiere a nuestro estilo de vida, nuestros hábitos de consumo, de confort, etc., muy superior con frecuencia a los niveles de vida de la gente. La segunda dimensión se refiere a las siguientes preguntas: ¿Cuáles son nuestras opciones fundamentales en nuestro ministerio? ¿Con quiénes nos relacionamos más espontáneamente? ¿En función de quién o a quién sirven nuestro patrimonio material, nuestro patrimonio cultural, nuestro patrimonio espiritual?

Y esto nos introduce ya, en tercer lugar, en la urgencia evangélica de la opción por los pobres, problema tan candente y debatido desde hace tanto tiempo. Yo sólo afirmaré que Evangelio en mano, es una obligación y una necesidad para todo seguidor de Jesús. Y, sobre todo, afirmaré que, si algo acredita hoy a la Iglesia, es precisamente su opción afectiva y efectiva, su presencia y su militancia de parte de los pobres y los excluidos de la cultura del mercado.

d) El desafío de la justicia, la paz, los derechos humanos... y la predicación dominicana

Este asunto de la justicia y los derechos humanos está esencialmente relacionado con la opción por los pobres. Creo en la importancia de la misericordia y las ayudas de emergencia. Pero si la opción por los pobres no desemboca en la defensa y la lucha por la justicia, quizá hasta acabe volviéndose contra la causa de los pobres.

Y en esto, la comunidad de Fray Pedro de Córdoba, hizo una denuncia suficiente para haber cambiado el signo de la colonización y la evangelización del continente. Pero los intereses del imperio la volvieron insuficiente.

Hoy, para que la predicación sea dominicana de veras, es desafío urgente para la Orden y para la Familia Dominicana entera incorporar en nuestros ministerios la causa de la justicia, la paz, los derechos humanos de todas las mayorías y minorías que padecen la violación de los mismos. Andar en esas causas no es hacer política; es hacer Evangelio, es sacar las consecuencias públicas y políticas del mensaje evangélico que predicamos.

Creo que el coraje y la resistencia en estas causas de la justicia y de los derechos humanos, a pesar de todos los riesgos y amenazas, sólo están garantizados cuando hay motivaciones evangélicas genuinas, experiencia de fe suficiente, y recursos teológicos en abundancia. En todo caso, hemos de saber que si nuestra predicación no está respaldada por una opción comprometida por la justicia y los derechos humanos, ella misma queda desacreditada. Y, para estar seguros de que la opción es por la justicia y la paz, una buena señal es colocarse de parte de las víctimas.

e) El desafío del estudio y la predicación dominicana

A veces se oyen lamentos en la Orden que ya no hay maestros famosos como Chenu, Congar, Duquoc... He escuchado en algunas partes que éste no es el tiempo de los grandes genios individuales sino el tiempo de los equipos. ¿Pero hay verdaderos equipos de reflexión y estudio en la Orden Dominicana?

En la reforma de la Orden en España antes de que Fray Pedro de Córdoba y compañeros vinieran a América los dos grandes frentes de la reforma fueron el cultivo de la mística y la dedicación intensa al estudio. Por eso los hermanos de la comunidad de la Española eran letrados y vinieron pertrechados de buena biblioteca, para ejercer competentemente el ministerio de la evangelización. Por eso la comunidad de Pedro de Córdoba deliberó tan exhaustivamente sobre la situación, sobre los signos de los tiempos, y sobre el mensaje evangélico y sus implicaciones, antes de que Montesinos pronunciara su sermón.

Humberto dice que aunque la predicación es un don de Dios, el predicador prudente debe prepararse con estudio asiduo y oración, pero no para decir sutilezas sino para transmitir el verdadero mensaje.

Para dominicos y dominicas el estudio no es una simple observancia regular, es una obligación moral adosada a la profesión en la Orden de Predicadores, en la Familia Dominicana. Y lo es precisamente porque el ministerio de la predicación o de la evangelización es demasiado serio y exigente para encomendárselo a la arbitrariedad o a las ocurrencias del momento.

No sé cuáles son las razones de las horas bajas del estudio en la Familia Dominicana. Si son las muchas actividades y la mucha administración habrá que revisar obras y ministerios para dar espacio a la contemplación dominicana, de la cual forma parte el estudio. Si es por falta de estímulos o por miedo al esfuerzo habrá que superarse y corregirse. Si es por miedo a la verdad o por miedo a entrar en diálogo con el mundo actual, cada vez más complejo y menos confesional y familiar con nuestros hábitos de pensamiento y de vida, habrá que armarse de valor y ayudarnos mutuamente a hincarle el diente al asunto de la verdad en un mundo tan plural. Si es porque la misión es tan light o está tan muerta que no nos exige ni estudio ni reflexión, mejor cerrar la misión...

Sea cual sea la situación del estudio en la Orden y en la Familia Dominicana, y sean cuales sean las razones de estas horas bajas del estudio, lo decisivo es que, si creemos que la predicación es el ministerio esencial de la Familia Dominicana, el estudio es desafío prioritario a nivel personal y a nivel comunitario. Y, como dice Humberto, habrá que conocer las Escrituras y las criaturas, y también la historia y la sociedad, y los signos de los tiempos y las ideologías reinantes, y las causas estructurales de la pobreza, de la injusticia, de la violencia... y los enormes problemas que nos plantea hoy la bioética y la ecología y la economía... y tantas y tantas áreas más que no deben estar ajenas a nuestra predicación.

1.- Felicísimo Martínez, Extracto de la conferencia pronunciada en Sao Paulo (Brasil) en la XVI Asamblea de CIDALC, titulada *La comunidad de Pedro de Córdoba, la predicación dominicana y la misión actual de la Orden*, Febrero de 2010